

Para caracterizar este volumen de cuentos en conjunto voy a citar la definición de un buen cuento, que Bonilla proporciona en “El cuarto de los trastos”, cuando se refiere a los cuentos de un autor imaginario: Son “cuentos admirable(s) escrito(s) con una tensión lírica magistral, con imágenes estremecedoras y una sorpresa en el último párrafo digna de los mejores autores del género” (25).

Ewald Weitzdörfer
FH Kempten
Bahnhofstr. 61
87435 Kempten, Alemania
weitzd@web.de

Sergio PITOL. 2005. *Los mejores cuentos*. Barcelona: Anagrama. 243 pp.

Sin saberlo la Editorial Anagrama, Sergio Pitol y su amigo Enrique Vila-Matas hicieron con esta publicación un obsequio al mismo Sergio Pitol (México, 1933), actualmente galardonado con el premio Cervantes. *Los mejores cuentos* podría entenderse como un libro-homenaje, también, porque contiene textos breves que abarcan más de dos décadas de la vida creativa del autor: el período desde 1957 hasta 1980. Además, contiene dos textos recientes, uno del mismo Pitol y, el otro, una presentación de más de 30 páginas, de Enrique Vila-Matas. Tal antología se presta de manera ideal para observar las corrientes literarias y el desarrollo en la obra de un autor a través de un tiempo considerable del siglo XX.

“Victorio Ferri cuenta un cuento” (1957) es el texto que más se asemeja a un cuento, en el sentido tradicional de los padres del género en los tiempos modernos como Guy de Maupassant o Edgar A. Poe. En este relato seguimos con creciente interés las quimeras enfermizas del niño Victorio; sus sentimientos de odio hacia su padre y su hermana; sus visiones diabólicas y sus deseos perversos, hasta el sorprendente final, la inscripción en una pequeña lápida en la capilla de los Ferri: “Victor Ferri murió niño; su padre y su hermana lo recuerdan con amor” (45)

Los textos posteriores buscan otros caminos y se hace cada vez más compleja y difícil su lectura, o sea, la participación del lector como “cómplice” —en el sentido de Julio Cortázar— será cada vez más necesaria para la apreciación de la obra. Hay varios cuentos en los que se crea un misterio que el lector tratará de develar, aunque sin éxito. En “Semejante a los Dioses”, el fondo histórico —que podría ser el tiempo de los cristeros en México— delante del cual se desarrolla la historia de un niño fanático, queda

en la oscuridad. En “Cuerpo presente” se narran las frustraciones de la vida de Daniel Guarneros dejando siempre al lector un poco fuera, porque aprende sólo parte de la realidad. Aparte de “Cuerpo presente”, en relatos como “Hacia Varsovia” o “Los oficios de la tía Clara”, el lector recibe sólo unos elementos con los que puede construir la historia o, más bien, tratar de construirla, porque obviamente Pitol no quiere que el lector consiga hacerlo. El cuento más logrado en cuanto a esta técnica de crear un misterio —que Vila-Matas llama “el más inquietante de los cuentos de Pitol” (37)— es “La Pantera”. ¿Por qué inquietante? Porque en este texto el narrador está cerca de la comunicación con el “más allá de lo humano” (60) a través de doce palabras (de las cuales sólo sabemos que son “sustantivos triviales y anodinos” (61) los que el narrador anota después de un sueño revelador (que tampoco llegamos a conocer). En algunos textos como “Hacia occidente” o “Ícaro” podemos observar la técnica de la intertextualidad. En otros, como, por ejemplo, “Del encuentro nupcial”, la escritura abierta es tan característica como en la obra de Roberto Bolaño. En “Nocturno de Bujura”, que Vila-Matas caracteriza como “uno de los cuentos más bellos y perfectos que se han escrito nunca” (17) —valoración que me parece bastante exagerada y sumamente subjetiva— se puede observar una estructura circular, o sea, personajes o elementos narrativos aparecen, desaparecen y, después de un tiempo, surgen otra vez.

Pero lo que más parece interesar a Pitol es contar el proceso de la creación literaria, o sea, el cuento es la descripción de cómo se hace el cuento. Esta temática no es nueva. Al principio del siglo XX, el compositor alemán Richard Strauss la usó en su ópera “Capriccio” y Ernesto Sábato y Julio Cortázar la usaron en los años del “Boom” latinoamericano, para mencionar solamente algunos ejemplos. El texto más sofisticado sobre este tema es “Cementerio de Tordos”. En él se analiza el proceso narrativo desde la memoria del material narrado hasta el efecto que tiene la obra sobre el autor, veinte años después de la publicación. De particular interés y, en mi opinión, la única aportación original (que no había sido publicada anteriormente) de Pitol a esta antología es “El oscuro hermano gemelo”, en la que el autor analiza, partiendo de un estudio de *Tonio Kröger*, de Thomas Mann, su concepción de la creación literaria: Un novelista escribe su vida a través de las voces de las Musas o, en otras palabras, la obra es el oscuro hermano del autor.

Todo esto es muy interesante, pero ¿se trata realmente de cuentos? Y ahí está el problema del libro: Contiene textos, escritos por un gran maestro del estilo y de la estructura literaria, pero también por un autor “en cuyos sueños hay apenas acción” (150) y para quien “la anécdota... era mero

pretexto para establecer un tejido de asociaciones y reflexiones” (189), es decir, estamos más frente a un ensayista antes que a un cuentista.

En suma, el presente libro de Pitol no es mayormente “una antología de mentiras” en el sentido del columnista chileno Alberto Fuguet, pues Pitol —al igual que Edwards y usando siempre las palabras de Fuguet— “se ganó el Cervantes por su capacidad de recordar, por su memoria (añadiría por su capacidad de analizar) más que por su capacidad de inventiva.

*Ewald Weitzdörfer
FH Kempten
Bahnhofstr. 61
87435 Kempten, Alemania
weitzd@web.de*

Alonso CUETO. 2005. *La hora azul*. Barcelona: Anagrama. 303 pp.

La última novela del escritor peruano Alonso Cueto tiene como tema la lucha entre los terroristas del Sendero Luminoso y los soldados del ejército peruano en la región de Ayacucho en los años 80. Un tema de por sí interesante; sin embargo, lo que ofrece Cueto en esta novela no satisface las esperanzas del lector, porque el conflicto social y sus motivos quedan muy marginalmente tratados.

El narrador de primera persona —el abogado limeño Adrián Ormache— descubre, después de la muerte de su madre, unos papeles que le revelan hechos sobre la vida de su padre (poco conocido por el narrador, porque ellos se habían separado cuando los hijos eran todavía pequeños), episodio que da una nueva dirección a su vida, hasta entonces muy tranquila y cómoda, muy burguesa. Los papeles revelan que su padre practicaba la tortura y la violación con las prisioneras senderistas en su calidad de comandante del ejército. Normalmente, los soldados mataban a las mujeres después de haberlas violado; pero hubo una mujer que el Comandante Ormache no entregó a sus soldados porque le gustó; pero esa mujer consiguió escaparse. Ahora, Adrián Ormache tiene sólo una idea: buscar a esta mujer. Va a Ayacucho y contacta a todo tipo de gente que podría tener información sobre ella. En esta búsqueda frenética, como un poseído, desatiende a su familia y descuida su trabajo. Por fin, encuentra a Miriam en una peluquería en Lima y —¿cómo podría ser de otro modo?— se enamora de ella. Desde este momento, lo que se postulaba como una novela de un conflicto social se hace, cada vez más, una novela de adulterio, pero que no convence en la descripción de las emociones, las que algunas veces rozan lo ridículo. Por